

risa. Se conoce á la legua que le miman á usted en otra parte.

Esta frase renovó sus inquietudes. La siguió hasta la sala bromeando. Sólo uno de los cortinajes estaba algo entreabierto: las alfombras y los portiers disminuían aún aquella luz de alcoba y en aquella habitación de una suavidad de edredon, los ruidos exteriores apenas parecían murmullos. Madame Juzeur le hizo sentarse á su lado en el canapé ancho y bajo, y al ver que no cogía su mano para besársela, le dijo:

—¿Ya no me quiere V.?

Octavio se puso encarnado y aseguró que la adoraba. Entonces ella le tendió la mano riéndose, y el joven no tuvo más remedio que llevársela á los labios á fin de destruir sus sospechas. Pero de pronto se la quitó.

—No, no, le dijo; ya veo que en vano quiere V. excitarse, esto no le causa placer. Lo conozco, y además es natural.

—¿Qué quería decir? Entonces la cogió por el talle y la asedió á preguntas. Pero ella no le respondía abandonándose á su presión, y negándose á contestar con signos de cabeza. Para decidirla á hablar la hizo cosquillas.

—Claro, respondió al fin, no le causa á usted placer eso, porque ama á otra.

Y nombró á Valeria, recordándole la noche en que se la comía con los ojos en casa de los Josserand. Después, al asegurarla él que no había tenido nada con ella, recuperando su habitual buen humor, dijo Mad. Juzeur que ya lo sabía, y que todo había sido broma. Pero añadió que en cambio no podía decir lo mismo de otra, y citó á Mad. Hedouin, entusiasmándose al oír las enérgicas protestas que formulaba el joven. ¿Quién era entonces? ¿Acaso Maria Pichon? ¡ah! lo que es esa no podía negarlo. Sin embargo negó, pero Mad. Juzeur insistió, asegurando que tenía un pajarito que nunca la engañaba.

Para arrancarle todos aquellos nombres, había necesitado el joven redoblar sus caricias; pero no había nombrado á Berta, y ya la abandonaba, cuando dijo:

—¿Aún nos queda la última?

—¿Cómo la última? preguntó Octavio con ansiedad.

Cerrando los labios se obstinó de nuevo en no nombrarla mientras que no la separase los labios con un beso. Verdaderamente no podía designarla, puesto que la idea de casarlos había sido suya, y contaba la historia de Berta sin pronunciar su nombre. Entonces él confesó todo, gozando al hacerle aquella confianza un placer cobarde. ¿Por



qué se ocultaba de ella? ¿La creía celosa? ¿Por qué había de estarlo? ¿Qué había entre los dos? Nada, como quien dice, niñerías como en aquel momento. Por lo demás, ella era una mujer honrada, y le reñía por haber supuesto que podía tener celos.

Entre tanto Octavio la tenía en sus brazos. Con lánguido acento aludió al cruel que la había plantado al cabo de una semana de matrimonio. Una mujer desgraciada como ella, sabía cuanto había que saber respecto de las tempestades del corazón. Desde hacia mucho tiempo había adivinado lo que ella llamaba las cosas de Octavio, porque no era posible darse un beso en la casa sin que ella se apercibiera. Y arrellenados sobre el ancho canapé los dos, llegaron á entablar una íntima conversación que interrumpían sin darse cuenta de ello, con caricias un poco libres. Ella le trataba de estúpido por no haber conseguido á Valeria. Y la culpa era suya, porque ella le habría proporcionado el medio de obtenerla, sólo con que hubiera entrado un instante á pedirla un consejo. Después le habló de María Pichon; pero más aún de Berta que le parecía encantadora, con un cutis finísimo y un pié de duquesa. A todo esto no tardó en tener que rechazarle.

—No, déjeme V., sería preciso carecer de

principios para eso. Por otra parte no gozaría V. ¿Dice V. que sí? ¡Oh! eso es para lisonjearme. Y si gozase V. sería V. malo. Guarde V. su cariño para ella. ¡A más ver, picarón!

Y le despidió exigiéndole el solemne juramento, de que iría frecuentemente á confesarse con ella sin ocultarle nada, si quería que se encargase de la dirección de sus asuntos amorosos.

Octavio se separó de ella tranquilo y de buen humor. Se divertía con las complicaciones de su virtud. Al llegar á la tienda tranquilizó con una seña á Berta, quien con una mirada le interrogó acerca de la factura del sombrero. Toda la terrible aventura de la mañana se olvidó. Cuando Augusto volvió un poco antes de la hora de almorzar, los halló como todos los días, Berta aburrída sobre la banqueta de la caja, y Octavio ocupado en medir faya para una señora.

A partir de aquel día, las entrevistas de los amantes fueron más raras aún. Él, en extremo ardiente, la perseguía en los rincones con sus continuas súplicas, con peticiones de citas, dónde y cómo quisiera. Ella por el contrario, con la indiferencia de una niña criada en invernadero, no parecía gustar del amor culpable más que las furtivas



salidas, los regalos, los goces prohibidos, las horas pasadas en coche, en el teatro ó en la fonda. Toda su educación retoñaba, su apetito de dinero, de lujo, y no tardó en cansarse de su amante tanto como de su marido, le parecía demasiado exigente para lo que daba, y procuraba con tranquila indolencia regatearle la felicidad. Así es, que exagerando sus temores se negaba sin cesar á sus deseos: ¡lo que es en su cuarto, nunca más! Se moriría de miedo. En su casa, era imposible; podían sorprenderlos; y cuando él la pedía que se dejase llevar á un cuarto en un hotel, ella se echaba á llorar y le decía que la respetaba muy poco para hacerla semejante proposición. Sin embargo, los gastos continuaban, los caprichos eran cada día mayores, después del sombrero, deseó un abanico de punto de Alençon, sin contar otra multitud de objetos que se le antojaban al verlos en los escaparates de las tiendas. Si Octavio no se atrevía á negárselos, al menos al ver como se le iban sus ahorros, se reanimó su dormida avaricia. En su calidad de hombre práctico, concluyó por convencerse de que era estúpido pagar, cuando ella ni siquiera le dejaba tocarle el pié debajo de la mesa. Decididamente París no le era favorable: primero, fiascos; luégo aquel amor im-

bécil que vaciaba su bolsa. No podían acusarle de hacer fortuna por medio de las mujeres, y se consolaba con esta afirmación rabioso en el fondo de haber llevado á cabo tan desacertadamente el plan que en honor de la verdad le había inspirado su viaje á París.

Agusto, sin embargo, no los molestaba. Desde que le preocupaban los asuntos de Lyon sus jaquecas le atacaban con más fuerza que antes. Berta experimentó el primero de mes una agradable sorpresa al verle depositar por la noche sobre la chimenea de su cuarto trescientos francos para sus gastos, y aunque era menos de lo que había exigido, como no había esperado nunca que la diera ni un céntimo, se arrojó á sus brazos poseída de la mas viva gratitud. Con aquel motivo disfrutó el marido de lo que negaba al amante, á pesar de que pagaba con más largueza sus caprichos.

Setiembre transcurrió de este modo; en la casa desierta, ó poco menos, por haber salido á veranear los inquilinos, reinaba una gran calma. Los del segundo habían ido á un puerto de España á los baños de mar, lo que hacía murmurar á M. Gourd. ¡Un viaje tan largo! ¡Como si las personas distinguidas no tuvieran bastante con Trouvi-



lle! Los Duveyrier, en cuanto entró su hijo Gustavo en vacaciones se fueron á su casa de campo de Villeneuve Saint-Georges. Hasta los Jossierand se fueron á pasar quince días á casa de un amigo, cerca de Pontoise, anunciando que salían para un puerto de mar. Aquella soledad, aquellos cuartos desiertos, el silencio que reinaba en la escalera, ofrecían á Octavio menos ocasión de peligros y fatigaba á Berta con sus súplicas, consiguiendo que al fin le recibiese en su casa una noche, durante uno de los viajes de Augusto á Lyon. Pero en muy poco estuvo que los sorprendieran: Mad. Jossierand, que había regresado dos días antes con su familia, asistió á una comida á que la convidaron, y tuvo tan grande indigestión, que Hortensia, muy alarmada, bajó á llamar á su hermana. Por fortuna Raquel acababa de secar la vajilla y pudo hacer que el joven se escapase por la escalera de servicio. Los días siguientes Berta abusó de aquel contratiempo para negarse á las exigencias del joven. Por otra parte, cometieron la falta de no recompensar á la criada, que los servía con su indiferencia ordinaria y el respeto de la que ni ve, ni oye, ni entiende; pero como la señora andaba siempre detrás del dinero y M. Octavio empezaba á cansarse

de gastarlo en obsequios, no estaba muy á su gusto en aquella barraca, en la que el amante de su ama no era capaz de darle medio franco, cuando pasaba allí la noche. Si creían haberla comprado hasta la consumación de los siglos por veinte francos y un vestido estaban frescos, y se engañaban de medio á medio. Se estimaba ella en mucho más. Desde entonces se mostró menos complaciente y cesó de cerrar las puertas cuando los veía juntos, pero no se apercebieron de su mal humor porque no están los amantes para dar propinas, cuando furiosos por no saber adonde ir á darse un abrazo, riñen á cada instante por esto.

El silencio era cada vez mayor en la casa, y Octavio, que buscaba sin cesar ocasiones, hallaba en todas partes á M. Gourd espiondo los actos deshonestos, y figurándosele los dedos huéspedes.

Mad. Juzeur, que compadecía al pobrecito joven, muerto de amor y sin poder acercarse á la señora de sus pensamientos, le prodigaba los más saludables consejos. Los deseos de Octavio llegaron á tal punto que, un día hasta pensó suplicarla que le prestase su casa: sin duda no le negaría este favor; pero temió sublevar á Berta si se enteraba de sus indiscreciones. También pro-



yectó utilizar á Saturnino: el loco podía guardarlos como un perro fiel en cualquier parte, pero no podía fiarse de él, porque tan pronto le colmaba de caricias, como le dirigía miradas del odio más profundo. Parecían accesos de celos, de unos celos nerviosos y violentos de mujer, y los manifestaba, sobre todo desde que le sorprendía algunas mañanas en casa de María Pichon, bromeando con ella.

Con efecto, Octavio no pasaba por delante de la puerta de María sin entrar, como movido por una pasión tardía que no se explicaba. Adoraba á Berta y la deseaba con locura, y en la necesidad de poseerla, sentía hacia la otra una ternura inmensa, un amor cuyas dulzuras jamás había experimentado en la época de sus relaciones. Gozaba contemplándola, tocándola y bromeando con ella; aquello era el juego de un hombre que quería volver á ser dueño de una mujer, con el secreto cuidado de ocultar que amaba á otra. Y en aquellas ocasiones, cuando Saturnino le sorprendía retozando con María le amenazaba con sus ojos de lobo pronto á morder, sin perdonarle, ni acudir á besarle la mano, como un perro sumiso, hasta que le veía cerca de Berta, fiel y cariñoso.

A fines de Setiembre, cuando los inqui-

nos ausentes estaban á punto de regresar, atormentado Octavio concibió una idea loca. Raquel había anunciado que una hermana suya iba á curarse, y pidió permiso para ir á verla un martes que Augusto debía marchar á Lyon. Se trataba pura y simplemente de pasar la noche en el cuarto de la criada, donde seguramente no se le ocurriría á nadie ir á buscarlos. Berta, ofendida, manifestó desde luego la más viva repugnancia; pero él la suplicaba con las lágrimas en los ojos, hablaba de irse de París, donde tanto sufría, y empleó tales argumentos, que ella, sin saber cómo evadirse, acabó por consentir. Todo fué preparado al efecto. El martes por la noche, después de comer, tomaron el té en casa de los Joserand, para evitar toda sospecha. Allí estaban Troublot, Guenlin, el tío Bachelard, y ya algo tarde llegó Duveyrier, que algunas veces iba á dormir á su casa, alegando que tenía que hacer temprano al día siguiente. Octavio habló con todos ellos con la mayor soltura, y á cosa de las doce se escapó, yendo á encerrarse en el cuarto de Raquel, adonde Berta iría á buscarle una hora después, cuando todo quedara en silencio.

Una vez allí empleó media hora en faenas vulgares. Para vencer la repulsión de la jo-



ven había prometido cambiar las sábanas y llevar él toda la ropa blanca necesaria. Así es que se vió precisado á hacer la cama, tardando mucho por su natural torpeza y porque procuraba no hacer ruido. Después, como Troublot, se sentó sobre un cofre, armandose de paciencia. Las criadas subían á acostarse una á una y oía á traves de los endebles tabiques el ruido que hacían al desnudarse, y al sentirse á sus anchas. Dió la una, luego el cuarto, luego la media. La inquietud se apoderó de él. ¿Por qué se haría esperar? Debía haberse marchado de casa de sus padres lo más tarde á la una; diez minutos le bastaban para entrar por la escalera principal y salir por la de servicio. Cuando oyó las dos se imaginó que habían ocurrido grandes catástrofes. Al fin suspiró, creyendo reconocer sus pasos y abrió la puerta para alumbrar; pero una sorpresa le dejó inmóvil. Delante de la puerta del cuarto de Adela estaba Troublot mirando por el agujero de la cerradura. La brusca aparición de la luz le hizo volver los ojos.

—¡Cómo! ¡Usted! murmuró Octavio disgustado.

Troublot se echó á reír, sin mostrarse asombrado por verle allí á semejante hora de la noche.

—Figúrese V., le dijo en voz baja, que esa estúpida de Adela se ha olvidado de darme la llave, y como se ha ido á casa de Duveyrier... ¿se asombra V.? ¿Pues qué no sabe usted que las noches que viene, aprovechando la ausencia de su familia, se la lleva á su casa? Pues, sí. El magistrado se ha reconciliado con su mujer, que se resigna de cuando en cuando, pero como le tiene á media ración, cae sobre Adela. ¡Oh! y es muy cómodo, viene desde el campo á París, se queda so pretexto de quehaceres matinales, la muchacha lo sabe y va á buscarle.

Interrumpiéndose, volvió á mirar por el ojo de la cerradura, y añadió:

—No... no ha vuelto... esta noche la tiene más tiempo que la otra vez... Demonio de muchacha... ¡no tiene dos dedos de frente! Si al menos me hubiera dado la llave, la habría esperado en lo caliente.

Entonces volvió al granero donde se había refugiado llevándose á Octavio, que deseaba preguntarle si había pasado algo en casa de los Jossierand. Pero no le dejó despegar los labios, porque en medio de la oscuridad que los rodeaba continuó hablándole de Duveyrier. Sí, aquel animal, había tratado al pronto de entenderse con Julia la cocinera; pero era demasiado decente para



él, y además en el campo se arreglaba con Gustavito, un chico de diez y seis años, que prometía. Entonces, no pudiendo hacer nada por allá, ni con Clemencia, á causa de Hipólito, juzgó más oportuno buscar una persona extraña. No se sabía cómo ni cuándo se había puesto de acuerdo con Adela: sin duda detrás de una puerta, en una corriente de aire, porque aquella marrana recibía las caricias de los hombres, como los bofetones de su ama, y de seguro que no se habría atrevido á desairar al casero.

—Desde hace un mes no falta á las reuniones de los martes por la noche de los Jossierand, añadió Troublot, y esto me fastidia... Voy á tener que buscarle á Clarisa para que me deje en paz.

Octavio pudo al fin interrogarle acerca del final de la reunión. Berta se despidió de su familia, poco despues de las doce con la mayor tranquilidad. Sin duda iba á encontrarla en el cuarto de Raquel; pero Troublot, contento de su encuentro, no le soltaba ni á tres tirones.

—Es estúpido tenerme así, decía. Con esto puede decirse que no duermo. Mi principal, que ha empezado á hacer la liquidación, me obliga á pasar tres noches en blanco por semana... Si al menos estuviera Julia

aquí, no me faltaría un rinconcito; pero M. Duveyrier no ha traído del campo más que á Hipólito, el amante de Clemencia. Pues bien, sepa V. que acabo de verle entrar en el cuarto de Luisa, de esa chicuela, cuya alma se propone salvar Mad. Juzeur. Un gran éxito para la señora, *¡todo lo que V. quiera, menos eso!* Una chiquilla sin sazónar... ¡Vaya un regalo para un mozo como un guardacantón! A mí no me va ni me viene, ya lo sé; pero eso me da asco.

Aquella noche Troublot, que estaba aburrido, filosofaba mucho.

—¡Pero, qué ha de suceder! añadió. Tal amo, tal criado... Cuando los ricos dan el ejemplo, los que no tienen sobre qué caerse muertos pueden permitirse esas deshonestidades. Todo se va perdiendo en Francia, hasta el honor.

—Me voy, adios, dijo Octavio.

Troublot le detuvo aún. Enumeraba los cuartos de las domésticas donde podría guarecerse, si el verano no hubiese dejado la casa medio vacía. Lo peor era que todos los dejaban cerrados: de tal modo temían las unas verse robadas por las otras. Con Lisa, cuyos gustos eran extravagantes, nada había que intentar. Era una lástima que Victoria no tuviera diez años menos. Sobre todo de-